

Tito y los dinos

Si es cierto, como nos han reprochado durante años los Estados Unidos, que “nunca tantos [es decir, nosotros] le debieron tanto [pero bien que nos han cobrado] a tan pocos [léase Aliados: léase *US Army*]” por aquello de que con una bombota criminal le pusieron fin a la Segunda Guerra Mundial, en el caso del cuento ¿novela?, ¿noticia?, ¿acta ministerial?, ¿relatoría?, ¿ensayo? o lo que haya escrito Augusto Monterroso, “nunca tantos [escritores, ensayistas, editores] le debieron tanto a tan pocas letras”, a tan augusta historia, como la que escribió Tito Monterroso, en un momento en el que el mínimo y dulce escritor decidió que habría que demostrar lo que Gracián el Alto había postulado siglos atrás: que lo bueno, si breve, dos veces bueno.

Porque cuánto se ha escrito y parodiado sobre las cabalísticas siete palabras que Monterroso utilizó para contarnos su novela-río, *El dinosaurio*, anticipándose a lo que hoy es exigencia extrema de los ejecutivos (del gobierno o no) para sus *ghost-writers* que les escriben sus tarjetas para darlos por enterados de lo que pasa en estos días. Y es que para los cansados ojos juveniles de los que gobiernan los asuntos de Estado (dentro y fuera de los gabinetes privados y públicos) todo lo que no se pueda condensar en estas siete palabras no vale la pena ser consignado.

Las escribió, según Alí Chumacero, para plasmar en un cuento de corte naturalista el enfado que le ocasionaba que un tipo se apoderara del sofá destinado al descanso del propio Tito, quien vivía con muchas carencias en una casa común, pagada entre varios amigos. A Monterroso, en la nada azarosa lotería de los espacios, le había correspondido dormir en el sofá de la sala, pero, con mucha frecuencia, cuando regresaba a su casa a reposar o a trabajar en su literatura, se encontraba con que el parlanchín a quien

todos apodaban *El dinosaurio* se mantenía activo en la perorata y no le permitía escribir o descansar... En fin, la historia o esa versión de la historia está en el libro y ustedes podrán descubrirla; es una versión nada más, porque también figura en este volumen la de Juan José Arreola, que se parece bastante a la de Chumacero, aunque uno nunca sabrá si es la historia contada por Arreola o la ficción de Monterroso.

Esas famosas siete palabras también han motivado la paleografía contumaz de Lauro Zavala, cuya productividad es apabullante y por eso tal vez el cuento de Tito le resulte paradigmático: "Cuando despertamos, Lauro ya había escrito otro libro".

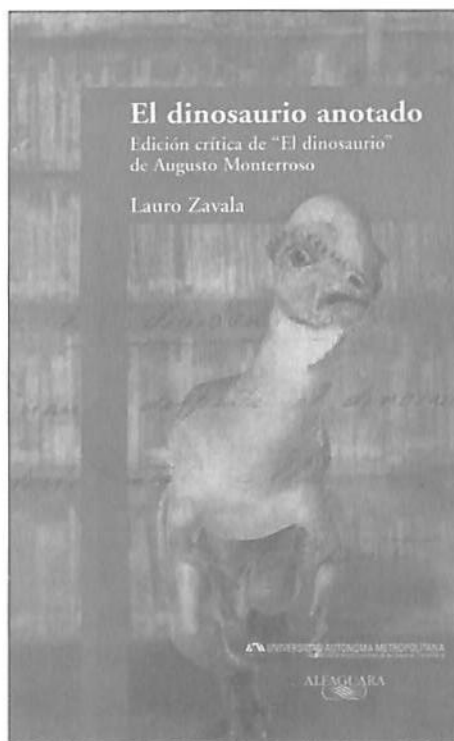
Hormiguita de las tierras mexicanas, Lauro lee todo, sabe todo, averigua todo, sin tomar en cuenta al Wilde que advertía: "Es inmoral querer saber todo de las personas". Impresionan su erudición, sus notas al pie de página, los vínculos que establece a partir de notas periodísticas, es como el Wright Mills de la socio-

logía de los 60, que muchos queríamos ser en Ciencias Políticas.

Lo que más me place del libro no es que haya incluido un par de asuntos con que contribuí a su edición crítica, se agradece su inclusión, sino que haya obtenido de "su puño y letra", como asegura el lugar común, el texto verdadero del cuento. Supongo, sin embargo, que no se trata de la versión original, ya que la coma aparece firme y claramente dibujada después del verbo "despertó". Y es que según me contó el propio Tito, cuando le pregunté si lo había escrito de un sola vez y para siempre, el mayor problema a que se enfrentó fue decidir dónde pondría la coma, pues una cosa es "Cuando despertó, coma, el dinosaurio todavía estaba allí", a escribir "Cuando despertó el dinosaurio, coma, todavía estaba allí".

También me complace que en la versión hológrafa aparezca bien delineado el adverbio allí, que mis alumnos confunden con "ahí", al cual la Academia de la Lengua le asigna un sentido más subjetivo o "ideal" y, en cierta medida, lo declara obsoleto como adverbio de lugar físico, por lo que es preferible el uso de allí.

En fin, aquí termino, entre otras razones porque el libro lo dice todo y porque para una reunión de exaltación de la brevedad ya me excedí. Creo que empecé muy lejos del punto final. Punto. LC



El dinosaurio anotado. Edición crítica de "El dinosaurio" de Augusto Monterroso. Lauro Zavala. México. Alfaguara/UAMX, 2002. 135 pp.